



Selección de cuentos





D. H. Lawrence



Selección de cuentos

D. H. Lawrence

David Herbert Richards Lawrence nació en Eastwood, Inglaterra, el 11 de septiembre de 1885. Fue un reconocido escritor, autor de novelas, cuentos, poemas, obras de teatro, ensayos, libros de viaje, pinturas, traducciones y críticas literarias.

En 1911 Lawrence conoció a Edward Garnett, un editor que actuó como su mentor, y quien lo incentivó a seguir con su carrera. A lo largo de estos meses, el joven autor revisó *Paul Morel*, el primer bosquejo de lo que luego sería *Hijos y amantes.* Asimismo, una profesora colega suya, Helen Corke, le ofreció libre acceso a sus diarios íntimos sobre una triste aventura amorosa, que sirvió de fundamento para *El intruso*, su segunda novela. *El arco iris* (1915) fue censurado, tras una investigación, por su supuesta obscenidad. Lawrence terminó una secuela de *El arco iris*, titulada *Mujeres enamoradas*.

Lawrence siguió escribiendo hasta poco antes de su muerte. En sus últimos meses compuso numerosas piezas poéticas, revisiones y ensayos, así como una contundente defensa de su última novela contra aquellos que buscaron su censura. Su último trabajo importante fue una reflexión sobre el libro de la revelación, el Apocalipsis. Tras haber recibido el alta del sanatorio, falleció en Villa Robermond, en Vence, Francia, debido a complicaciones por la tuberculosis.

D. H. LAWRENCE

Selección de cuentos



Selección de cuentos
D. H. Lawrence

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Sol

I

«Llévensela a que tome el sol» —dijeron los médicos.

Incluso ella era escéptica respecto a eso de tomar el sol, pero permitió que la llevasen al mar con su niño, una niñera y su madre.

El barco zarpaba a medianoche. Y durante dos horas su marido permaneció con ella mientras acostaban al niño y los pasajeros llegaban a bordo. Era una noche oscura: el Hudson se agitaba con una densa negrura, sacudido por derramados hilos de luz. Se apoyó en la barandilla y mirando hacia abajo pensó: «Esto es el mar; es más profundo de lo que uno se imagina y pleno de recuerdos». En aquel momento el mar parecía palpitar como la serpiente del caos que desde siempre ha existido.

—Estas despedidas no son buenas —le iba diciendo su marido, que estaba a su lado. No son buenas. No me gustan.

El tono de su voz estaba lleno de aprensión, de recelo y un cierto toque como de última esperanza.

—A mí tampoco me gustan —respondió ella con voz clara.

Ella recordaba ahora cuán amargamente habían deseado separarse, él y ella. La emoción de la despedida le daba un suave tirón a sus emociones, pero lo único que conseguía era que el hierro que había penetrado en su alma se le clavase aún más profundamente.

Miraron a su hijo dormido y los ojos del padre se humedecieron. Pero no es la humedad de sus ojos lo que cuenta, es el ritmo férreo y profundo de la costumbre, las costumbres de toda una vida, de los años; la profunda marca del poder. Y en sus vidas la marca del poder era hostil, la de él y la de ella.

Como dos artefactos que funcionan desajustados, se destruían el uno al otro.

—¡A tierra! ¡A tierra!

—Mauricio, ¡tienes que irte!

Y pensó: para él es: «A tierra», para mí es: «A la mar».

Él agitó el pañuelo en medio de la oscuridad de la noche en el muelle según el barco se alejaba despacio; uno en medio de la multitud. ¡Uno en medio de la multitud!

Los transbordadores, como grandes bandejas apiladas con hileras de luces, todavía navegaban por el Hudson. Aquella boca negra debía de ser la estación de Lackawanna.

El barco iba bajando, el Hudson parecía interminable. Pero finalmente alcanzaron la curva y allí estaba la pobre cosecha de luces en el Battery. La Estatua de la Libertad levantaba la antorcha en una especie de rabieta. Allí estaba el batir del mar.

Y, aunque el Atlántico era gris como la lava, llegó finalmente al sol. Tenía una casa sobre el más azul de los mares, con un gran jardín, o viñedos, todo viñas y olivos en pendiente, terraza tras terraza hasta la franja llana de la costa; y el jardín pleno de lugares secretos, profundas arboledas de limoneros allá abajo en la hondonada de la tierra, y escondidas albercas de aguas puras y verdes; también había un manantial que brotaba en una pequeña gruta donde habían bebido los viejos sículos antes de que llegasen los griegos; y una cabra gris balando con su establo en una tumba antigua con todos los nichos vacíos. Había olor a mimosa y más allá la nieve del volcán.

Veía todo aquello y de algún modo se tranquilizaba. Pero todo era externo. En realidad no le importaba. Ella era la misma, con la cólera y la frustración dentro de sí misma y su incapacidad para sentir algo auténtico. El niño la irritaba porque se aprovechaba de la paz de su alma. Se sentía tan horrible y terriblemente responsable de él: como si tuviese que responsabilizarse de cada uno de los soplos de su respiración. Y esto era una tortura para ella, para el niño y para cada una de las personas cercanas.

—Ya sabes, Julieta, que el doctor te aconsejó tumbarte al sol sin ropa. ¿Por qué no lo haces? —le decía la madre.

—Lo haré cuando me apetezca. ¿Quieres matarme? —le lanzaba Julieta.

—¡Matarte! No, por favor. ¡Es por tu bien!

—¡Por Dios, deja ya de desear mi bien!

Finalmente, la madre estaba tan herida y enfadada que se marchaba. El mar se iba poniendo blanco, y después invisible. Llovía torrencialmente. Hacía frío en la casa construida para el sol.

De nuevo otra mañana y el sol se elevaba desnudo y fundido, chispeante al borde, del mar. La casa estaba orientada al sureste. Julieta yacía en la cama y le observaba levantarse. Era como si nunca antes hubiese visto amanecer. Nunca había visto al sol desnudo alzarse sobre la línea del mar, sacudiéndose de encima la noche. De este modo fue creciendo en ella el deseo de tomar el sol desnuda. Guardaba el deseo como un secreto. Pero quería irse lejos de la casa, lejos de la gente. Y no es fácil esconderse en un país donde cada olivo tiene ojos y todas las veredas se ven desde lejos.

Pero encontró un lugar: un acantilado encaramado sobre el mar y hacia el sol, y plagado de grandes cactus, el cactus de hojas planas llamado chumbera. Cerca de este montículo gris azulado de cactus se erigía un ciprés de tronco ancho y pálido y una copa que se inclinaba flexible en el azul. Permanecía como un guardián mirando al mar; o una candela plateada cuya enorme llama fuera la oscuridad contra la luz: la tierra lanzando hacia arriba su orgullosa lengua de penumbra.

Julieta se sentaba al lado del ciprés y se quitaba la ropa. Los contorsionados cactus formaban un bosque, espantosos pero fascinantes, a su alrededor. Se sentaba y le ofrecía al sol sus senos, suspirando, incluso ahora, con un cierto dolor duro por la crueldad de tener que entregarse.

Pero el sol se iba moviendo en el cielo azul y le iba lanzando sus rayos según se iba alejando.

Sentía la suave brisa del mar en sus pechos que parecían como si nunca antes hubiesen madurado. Pero apenas sentían el sol. Frutas que se marchitarían sin madurar, sus pechos. Sin embargo, pronto, iba a comenzar a sentir el sol dentro de ellos, más cálido que lo que el amor había sido, más cálido que la leche o las manos de su niñito. Por fin, por fin sus pechos eran como grandes uvas blancas bajo el ardiente sol. Se quitaba toda la ropa y se tumbaba desnuda al sol y mientras estaba tumbada contemplaba a través de sus dedos al imponente sol, su redondez azul y palpitante con los bordes externos manando brillos. ¡Latiendo con un maravilloso azul, y vivo, y fluyendo fuego blanco por sus contornos, el sol! Él la contemplaba allá abajo con una mirada de fuego azul, y envolvía sus pechos y el rostro, la garganta, su cansado vientre, las rodillas, los muslos y los pies.

Yacía con los ojos cerrados, el color de una llama rosa a través de sus párpados. Era demasiado. Recogía hojas y se las ponía sobre los ojos. Después se tumbaba de nuevo al sol, como una calabaza blanca que ha de madurar hasta ponerse dorada.

Podía sentir el sol penetrándole incluso hasta en los huesos; no, incluso más allá, incluso en las emociones y en los pensamientos. Las oscuras tensiones de su emoción comenzaban a alejarse, los oscuros y fríos coágulos de sus pensamientos comenzaban a disolverse. Estaba comenzando a sentir calor por toda ella. Volviéndose de espaldas, dejaba los hombros disolverse al sol, el lomo, la parte trasera de los muslos, incluso los talones. Y allí permanecía tumbada, medio aturdida con perplejidad por lo que le estaba sucediendo. Su corazón cansado y frío se iba fundiendo, y al fundirse se evaporaba. Una vez vestida, se volvía a tumbar y miraba al ciprés cuya copa, un filamento flexible, se dejaba mecer por la brisa.

Mientras tanto, era consciente del imponente sol deambulando por, el cielo.

Así, aturdida, volvía a casa, viendo a medias, cegada y aturdida por el sol. Y su ceguera era como una riqueza, y su conciencia pesada, cálida y débil, era como una abundancia.

—¡Mami! ¡Mami! —el niño corría hacia ella, llamándola con esa pequeña angustia de deseo, siempre requiriéndola. Ella estaba sorprendida de que su adormecido corazón, por una vez no sintiese esa ansiosa angustia recíproca. Cogía al niño en brazos, pero

pensaba: «No debería de ser tan pelmazo. Si tomara el sol renacería».

La molestaban sus manitas agarrándose a ella, aferrándosele al cuello. Le retiraba las manos de la garganta. No quería que la tocasen. Cuidadosamente ponía al niño en el suelo.

—¡Vamos, corre! ¡Corre al sol!

Una y otra vez le quitaba la ropa y le ponía en la terraza desnudo al sol.

—¡Juega al sol! —le decía.

El niño estaba asustado y quería llorar. Pero ella, en la cálida indolencia de su cuerpo, y con la completa indiferencia de su corazón le lanzaba una naranja rodando por las losas rojas y el niño con su suave e informe cuerpecito daba pasos hacia ella. Después, inmediatamente se le agarraba, pero la soltaba porque la sentía rara contra su carne. Y el niño se volvía hacía ella, quejoso, haciendo mohínes para llorar, asustado porque estaba desnudo.

—¡Tráeme la naranja! —le decía ella, asombrada de su profunda indiferencia respecto a la inquietud del niño—. ¡Tráele a mami la naranja!

—No crecerá, como su padre —se decía—. «Como un gusano que no ha visto nunca el sol».

II

Tenía en su mente continuamente al niño como un tormento de responsabilidad, como si al haberlo tenido tuviese que responder por su completa existencia. Incluso, cuando moqueaba, le resultaba repulsivo y con un aguijonazo en las entrañas se decía a sí misma: «Mira lo que has parido».

Ahora sin embargo se había producido un cambio. Ya no estaba vitalmente interesada en el niño, se había despojado de la tensión de su ansiedad. Y el niño se iba esforzando.

Reflexionaba sobre el sol en su esplendor y en su unión con él. Su vida era ahora un completo ritual. Yacía, siempre despierta, antes del alba, contemplando las primeras luces tornándose doradas, para saber si la niebla se posaría en la orilla del mar. Su alegría era cuando el sol se levantaba todo fundido en su desnudez y lanzaba un fuego blanco y azulado contra la ternura del cielo. Pero algunas veces aparecía rojizo como una

criatura grande y tímida. Y otras veces ascendía, lento y de rojo carmín con una mirada de cólera empujando lentamente y abriéndose camino a codazos. Otras veces no podía verlo, entonces solamente las nubes despedían un tono dorado y escarlata desde arriba según se movía tras el muro.

Era afortunada. Las semanas pasaban y aunque la aurora algunas veces estaba nublada y la tarde a veces estaba gris, no había ningún día sin sol y la mayoría de los días, aunque fuese invierno, transcurrían radiantes. Entonces aparecían, malvas y rayadas, las florecillas silvestres del azafrán, los narcisos también silvestres con sus estrellas invernales colgando.

Cada día bajaba hasta el ciprés que estaba en el bosquecillo de cactus en la loma de rocas amarillentas. Ahora era más sabia y sutil, y vestía solo una camisa gris perla y sus sandalias.

De este modo en un instante, en cualquier nicho escondido, se ponía desnuda a tomar el sol.

Y en el momento en el que se cubría se volvía gris e invisible.

Cada día, por la mañana, se tumbaba a los pies del

plateado y poderoso ciprés mientras el sol cabalgaba jovial por el cielo. Para entonces ya reconocía al sol en cada una de las fibras de su cuerpo, ya no le quedaba ni una sombra de frío. Y su corazón, ese corazón tenso y ansioso, había desaparecido como una flor que se marchita al sol y sólo deja un cofre de semillas maduras.

Reconocía al sol en el cielo, de un azul fundido con sus filos blancos e ígneos, lanzando fuego. Y aunque brillaba sobre el mundo, cuando yacía desnuda, se concentraba sobre ella. Esa era una de las maravillas del sol, podía brillar sobre un millón de personas y aún podía seguir siendo radiante, espléndido y único enfocándola a ella sola.

Con el reconocimiento del sol y la convicción de que el sol la conocía a ella en el sentido carnal y cósmico de la palabra, le sobrevino un sentimiento de aislamiento de la gente y un cierto desprecio por los seres humanos. ¡Eran tan poco elementales, tan alejados del sol! Eran tan parecidos a los gusanos.

Incluso los campesinos que subían con sus burros por aquel camino antiguo y rocoso, curtidos por el sol como estaban, incluso ellos no estaban bien soleados. Había un pequeño foco, blanco y blando, como de temor, como un caracol en su cascarón, donde el espíritu

de los hombres se retraía por miedo a la muerte, por miedo al resplandor natural de la vida. El hombre no se atrevía a emerger: siempre internamente acobardado. Todos los hombres eran así. ¿Por qué admitirlos? Por su indiferencia respecto a la gente, respecto a los hombres, ahora ya no era tan precavida para que no la viesen. Le había dicho a Marinina, quien le hacía las compras en el pueblo, que el médico le había mandado tomar baños de sol. Con eso era suficiente. Marinina era una mujer de unos sesenta años, alta, delgada, recta, con el pelo rizado y gris, y ojos también de un gris oscuro que tenían la sagacidad de miles de años, con una sonrisa en la que subyace toda una larga experiencia. La tragedia es la falta de experiencia.

«Debe de ser hermoso ponerse desnuda al sol», decía Marinina con una risa audaz en la mirada mientras contemplaba a la otra mujer. El pelo de Julieta, claro y cortado en forma de melena, se le rizaba en las sienes como una pequeña nube. Marinina era una mujer de la Magna Grecia y tenía recuerdos lejanos. Miró de nuevo a Julieta: «Pero hay que ser hermosa para no ofender al sol ¿no? —añadía con esa sonrisita extraña y entrecortada propia de las mujeres del pasado.

—«¿Quién sabe si soy hermosa?», dijo Julieta. Pero bella o no, ella se sentía apreciada por el sol, lo cual era lo mismo.

Al sol de mediodía, algunas veces se escabullía por entre las rocas y los acantilados en el barranco donde colgaban los limones con una sombra eterna y fresca y en el silencio se quitaba la blusa para lavarse en uno de los pilones verdes y claros: entonces se daba cuenta a la luz verde y pelada bajo las hojas del limonero de que todo su cuerpo estaba rosáceo y que se estaba poniendo dorado. Era otra persona. Entonces recordaba que los griegos habían dicho que un cuerpo blanco y poco soleado era un cuerpo de pescado y malsano.

Por eso se untaría un poco de aceite de oliva en la piel, y vagaría un momento por el oscuro submundo de los limoneros, y se colocaría una flor del limonero en el ombligo y se reiría de sí misma. Podría darse la casualidad de que algún campesino la viese. Pero si esto ocurriese él tendría más miedo de ella que ella de él. Ella conocía el pálido foco del miedo en los cuerpos vestidos de los hombres. Lo conocía incluso en su propio hijo. ¡Cómo desconfiaba de ella, ahora que se reía de él dándole el sol en la cara! Ella insistía en que caminase desnudo al sol. Y ahora su cuerpecillo estaba también de color rosa, el pelo rubio le caía espeso por la frente y las mejillas tenían un color escarlata en el dorado delicado de su piel soleada.

Era hermoso y sano y las sirvientas que adoraban su color rojo, dorado y azul, le llamaban ángel del cielo. Pero

el niño desconfiaba de su madre: se reía de él. Y ella veía en sus grandes ojos azules, bajo el entrecejo, ese foco de miedo, el recelo, que ella creía ver ahora en el centro de todos los ojos masculinos. Ella lo llamaba miedo al sol.

—Teme al sol —se decía mirando en los ojos del niño.

Y cuando le miraba caminando torpemente, tambaleándose, dando volteretas al sol, haciendo esos ruiditos como graznidos de pájaro, veía que se mantenía tenso y escondiéndose del sol, dentro de sí mismo. Su espíritu era como un caracol en su concha, en una grieta fría y húmeda dentro de sí mismo. Le hacía pensar en el padre del niño. Le gustaría poder hacer que saliese de sí mismo, que se escapara en un gesto de temeridad y salutación. Decidió llevarle con ella bajo el ciprés entre los cactus. Tendría que vigilarle, por las espinas. Pero seguramente en ese lugar saldría de su pequeña concha. Esa tensión civilizada desaparecería de su frente.

Extendió una alfombrilla para el niño y le sentó allí. Después se quitó la blusa y se tumbó mirando un halcón allá en lo azul y la copa suspendida del ciprés. El niño jugaba con algunas piedras en la alfombra. Cuando el niño se levantaba para caminar ella también se incorporaba. Él se volvía para mirarla. En sus ojos azules estaba lo cálido y desafiante de lo masculino. Y era guapo, con ese tono

escarlata en el rubio dorado de la piel. No estaba blanco. Su piel estaba ya oscuramente dorada.

—Ten cuidado con los pinchos, cariño —decía.

—Pinchos —repetía el niño con un gorjeo de pájaro mirándola por encima de su hombro, dubitativo como el querubín desnudo de un cuadro.

—Estúpidos pinchos.

—Pinchos.

Se tambaleaba con sus sandalitas por entre las piedras, agarrándose a la hierbabuena seca y silvestre. Ella era rápida como una serpiente en cogerle cuando se iba a caer en las chumberas. Incluso estaba sorprendida de sí misma: «¡Qué gato salvaje estoy hecha!», se decía.

Todos los días le llevaba al ciprés cuando lucía el sol.

—Ven —le decía—. ¡Vamos al ciprés!

Y si el día estaba nublado y soplaba la tramontana entonces no bajaban y el niño le pedía continuamente: «Al ciprés, al ciprés».

Lo echaba de menos tanto como ella. No era solo tomar el sol. Era mucho más que eso. Algo profundo dentro de ella se desplegaba y se relajaba y ella se entregaba. Por algún misterioso poder en su interior, más profundo que su conciencia y su voluntad, se ponía en conexión con el sol y una corriente fluía de su ser, de su vientre. Ella misma, su ser consciente, era secundario, una persona secundaria casi una espectadora. La verdadera Julieta era ese flujo oscuro que emanaba desde su profundo cuerpo hacia e1 sol. Siempre había sido dueña de sí misma, consciente de lo que estaba haciendo y mantenía en tensión su propio poder. Ahora sentía dentro de sí misma otro tipo de poder, algo más grande que ella misma, fluyendo por sí mismo. Ahora era como imprecisa pero tenía un extraño poder más allá de ella misma.

III

A finales de febrero, de repente, hizo mucho calor. La flor del almendro caía como nieve rosa por el leve roce de la brisa. Las pequeñas y sedosas anémonas violetas florecían, los asfódelos crecían en capullos y el mar estaba azul anciano. Julieta había dejado de preocuparse por cualquier cosa. Ahora la mayor parte del tiempo permanecían desnudos al sol y eso era lo

que ella quería. A veces bajaba a bañarse hasta el mar. A menudo vagabundeaba por entre las rocas donde brillaba el sol y estaba lejos de las miradas. Algunas veces veía a un campesino con su burro y él la veía a ella. Pero ella estaba allí con su hijo tan tranquila y la fama de los efectos curativos del sol, tanto para el espíritu como para el cuerpo, se había difundido entre la gente, por lo tanto no era tan sorprendente. El niño y ella estaban ya bronceados con un tostado rosáceo. «Soy otra persona», se decía a sí misma cuando se miraba los pechos y los muslos rosa y oro. El niño también era otra criatura, con una concentración peculiar, tranquila y soleada. Ahora jugaba solo en silencio, ya no le notaba apenas. Ya parecía no darse cuenta de que estaba solo.

La brisa soplaba y el mar era ultramarino. Se sentaba al lado de la gran huella plateada del ciprés, se adormecía al sol pero sus pechos estaban alertas, llenos de savia. Comenzaba a ser consciente de que alguna actividad estaba produciéndose en ella, una actividad que la llevaría a un nuevo modo de vida. Aun así no quería ser consciente. Conocía demasiado bien el frío y gran montaje de la civilización del que era tan difícil evadirse. El niño se había apartado unos pasos más allá en la vereda rocosa tras el gran seto de cactus. Ella le veía, un auténtico infante dorado de los vientos, con el pelo rubio y las mejillas rojas recogiendo las sarracenias

moteadas y colocándolas en ristras. Ya sabía mantenerse de pie y era rápido ante los imprevistos, como un joven animal que jugase absorto y silencioso.

De pronto le oyó decir: «Mira, mami, mami, mira». Una nota en su vocecita de pájaro la hizo levantarse bruscamente hacia él. El corazón se le quedó paralizado. La estaba mirando por encima de su hombrito desnudo y le señalaba con su descuidada manita una serpiente que se había erguido a unos pasos de él y abría sus fauces de modo que la lengua bífida y blanda temblaba como una sombra negra emitiendo un breve silbido.

—¡Mira, mami!

—¡Sí, cariño, es una serpiente! —dijo con una voz profunda y lenta.

El niño la miró con sus grandes ojos azules dudosos de si sentir miedo o no. Una cierta quietud de sol en ella lo tranquilizó.

—¡Serpiente! —gorjeó el niño.

—¡Sí, cariño; no la toques, puede morderte!

La serpiente se iba, desenroscándose de la espiral en la que había estado plácidamente dormida y despacio iba deslizando su cuerpo largo y marrón dorado con lentas ondulaciones.

El niño se volvió y la miró en silencio. Entonces dijo:

—¡La serpiente va!

—¡Sí, déjala que se vaya, le gusta estar sola!

El niño todavía contemplaba aquella largura lenta y dilatada que se iba escondiendo con indolencia.

—¡La serpiente va... va...! —dijo.

—¡Sí, se ha ido! ¡Ven con mami!

Entonces fue y se sentó con su cuerpecito desnudo y regordete sobre el regazo desnudo de la madre y ella le atusó el pelo brillante. No le dijo nada sabiendo que todo había pasado ya. El poder tranquilizador del sol la colmaba, colmaba todo aquel lugar como un hechizo; y la serpiente formaba parte de aquel lugar, junto con ella y el niño.

Otro día, en el seco muro de una de las terrazas de los olivos, vio una serpiente negra reptando horizontalmente.

—¡Marinina! —dijo—, he visto una serpiente negra. ¿Son peligrosas?

—¡Oh! Las serpientes negras, no; pero las amarillas sí. Si te pica una serpiente amarilla te mueres. Pero me asustan, me asustan incluso las negras cuando las veo.

Julieta continuó yendo al ciprés con el niño. Pero siempre miraba alrededor antes de sentarse y examinaba detenidamente los lugares a los que el niño pudiera acercarse. Después se tumbaba y tomaba el sol de nuevo con sus pechos bronceados y erectos, en forma de pera. No pensaba en el futuro. Rechazaba pensar fuera de su jardín y no podía escribir cartas. Le pedía a la niñera que se las escribiera.

IV

Transcurría marzo y el sol era cada vez más fuerte. En las horas de calor se resguardaba bajo la sombra de los árboles o bajaba hasta la fresca arboleda de los limoneros. El niño corría a distancia como un joven animalillo absorto por la vida.

Un día estaba sentada al sol en la cuesta del barranco después de haberse bañado en uno de los grandes aljibes. Más allá, bajo la sombra de los limoneros el niño corría entre las flores amarillas, recogiendo los limones caídos y saltando con su cuerpecito bronceado por entre salpicaduras de luz, moviéndose por entre la luz veteada.

De pronto, en el borde alto de la tierra contra el cielo azul pálido apareció Marinina con un pañuelo negro en la cabeza y llamándola cadenciosamente: «¡Señora, señora Julieta!».

Julieta se volvió, poniéndose de pie. Marinina se quedó quieta durante un momento mirando a la mujer que estaba desnuda, el pelo claro teñido de sol como una nubecilla. Después, la anciana, ágil, bajó la cuesta del empinado camino. Permaneció de pie y erecta a unos pasos de la mujer bronceada por el sol, y la miró con picardía:

—¡Qué hermosa está usted! —dijo fríamente, casi con ironía—. Allí está su marido.

—¡Mi marido! —exclamó Julieta.

La anciana soltó un gruñido de risa, la mueca de una mujer del pasado.

—¿No tiene usted un marido? —dijo burlonamente.

—¿Pero dónde está?

La vieja miró por encima del hombro.

—Iba siguiéndome —dijo—, pero no habrá encontrado el sendero. —Y volvió a soltar otra risa.

Las veredas estaban cubiertas de hierbas altas y de flores, de modo que eran como surcos de pájaros en un lugar eternamente silvestre. Extraña la naturaleza agreste y vívida de los lugares antiguos de la civilización, un estado agreste donde no hay desolación.

Julieta miró a su sirvienta con ojos reflexivos.

—¡Ah, bien! —dijo finalmente—. Déjale que venga.

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó Marinina mirando con ojos grises y burlones a Julieta. Después se encogió de hombros.

—De acuerdo, como quiera. Pero es un sitio raro para él.

Y comenzó a reírse por lo bajo. Después señaló al niño que estaba recogiendo montones de limones. «Mire qué precioso está el niño. Le encantará verlo. Voy a traerlo».

—Sí, tráigalo —dijo Julieta.

La anciana volvió a subir la cuesta rápidamente. Mauricio estaba allí entre los viñedos como perdido, con el rostro grisáceo, con un sombrero de fieltro gris y un traje gris oscuro. Parecía estar patéticamente fuera de lugar bajo aquel sol tan espléndido y la gracia del mundo griego antiguo; como un borrón de tinta sobre la cuesta incandescente.

—¡Venga! —le dijo Marinina—. ¡Están allí abajo!

Y le llevó hasta la vereda dando zancadas a través de las hierbas. De pronto, se paró en la parte más alta de la cuesta. Las copas de los limoneros lucían oscuras en la parte baja.

—Tiene usted que bajar hasta allí —le dijo, y él le dio las gracias mirándola rápidamente.

Era un hombre de unos cuarenta años, afeitado, de rostro pálido, calmoso y muy tímido. Mantenía sus

negocios sin éxitos asombrosos pero con eficacia. No se fiaba de nadie. La anciana de la Magna Grecia le miró: «Es bueno —se dijo— pero no es un hombre de veras, pobrecito».

—¡Allí abajo está la señora! —dijo Marinina señalando hacia abajo como una de las parcas.

Él dijo de nuevo: «¡Gracias, gracias!», sin expresión alguna, y se adentró despacio en el sendero. Marinina levantó la cabeza con una alegre perversidad. Después se encaminó hacia la casa.

Mauricio iba contemplando el camino por entre la maraña de hierbas mediterráneas Y por eso no vio a su esposa hasta que llegó a una curva ya bastante próxima a donde estaba ella. Ella estaba de pie y desnuda al lado de una roca que sobresalía, brillando al sol y con una cálida vida. Sus pechos parecían elevarse alertas para escuchar, sus muslos parecían oscuros y raudos. Le lanzó una mirada rápida y nerviosa según se iba acercando como si fuese un borrón de tinta en el papel secante.

El pobre Mauricio dudó y miró para otra parte. Volvió la cara.

—Hola, Julia —dijo con una tosecita nerviosa—. ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Avanzó con la cara hacia otro lado, lanzándole breves miradas mientras que ella seguía de pie con el satinado brillo del sol en su piel bronceada. De algún modo no parecía estar tan terriblemente desnuda. Era como si el rosáceo bronceado del sol la vistiese.

—¡Hola, Mauricio! —dijo ella retirándose un poco de él—. No te esperaba tan pronto.

—No —dijo él—. Me las he arreglado para escaparme un poco antes. Y de nuevo volvió a toser con torpeza.

Permanecieron de pie, bastante alejados el uno del otro y en silencio.

—Allí está el niño —dijo ella señalando hacia la sombra donde un golfillo desnudo recogía los limones caídos.

El padre lanzó una pequeña sonrisa.

—¡Ah, sí, allí está! Está hecho un hombrecito —dijo. Estaba como atemorizado con su espíritu reprimido y nervioso—. ¡Hola, Johnny! —le dijo con debilidad—. ¡Hola, Johnny!

El niño levantó la cabeza, soltando los limones de sus regordetes brazos, pero no respondió.

—Supongo que deberemos ir por él —dijo Julieta según comenzaba a caminar hacia el sendero.

Su marido la seguía, mirando el movimiento rápido y rosado de sus caderas, que ella iba contorsionando en el hueco de su cintura. Estaba aturdido de admiración pero también de completa pérdida. ¿Qué iba a hacer con él mismo? Estaba completamente fuera de lugar, con aquel traje gris oscuro y su sombrero gris claro y el rostro también gris y monástico de un hombre de negocios tímido.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo Julieta, mientras atravesaban un profundo mar de flores amarillas bajo los limoneros.

—¡Sí, claro; está espléndido! ¡Hola, Johnny! ¿No conoces a papá? ¿No conoces a papá, Johnny?

Se agachó y le extendió los brazos.

—¡Limones! —dijo el niño, gorjeando como un pajarillo—. ¡Dos limones!

—¡Dos limones! —dijo el padre— ¡Montones de limones!

El niño se acercó y le puso un limón en cada mano. Después el niño le dio la espalda.

—¡Dos limones! —repitió el padre—. ¡Ven aquí, Johnny! ¡Ven y dile «hola» a papá!

—¡Papá se va! —dijo el niño.

—¿Irme? Bueno, sí, pero hoy no.

Y cogió al niño en brazos.

—¡Quita la chaqueta! ¡Papá quita la chaqueta! —dijo el niño, apartándose de la ropa.

—¡De acuerdo, hijo! ¡Papá se quita la chaqueta!

Se quitó la chaqueta y la colocó a un lado, después volvió a coger al niño en brazos. La mujer desnuda contemplaba al niño desnudo en los brazos del hombre en mangas de camisa. El niño le había retirado el sombrero, y Julieta miraba el lacio pelo gris y negro de su marido, y no estaba fuera de lugar. Era completamente familiar. Permaneció en silencio durante un rato, mientras que el padre hablaba con el niño que admiraba a su padre.

—¿Qué piensas hacer, Mauricio? —dijo ella de pronto.

La miró con rapidez.

—¿Hacer acerca de qué?

—Acerca de todo. De esto. Yo no puedo regresar.

—Bueno —dudó—. Supongo que no, al menos todavía no.

—Nunca —dijo ella y se hizo un silencio.

—Bueno, pues no sé —dijo él.

—¿Crees que te puedes venir aquí? —dijo ella.

—Sí. Puedo quedarme un mes. Creo que me las puedo arreglar durante un mes —dijo dudando.

Después la miró con timidez y escondió la cara de nuevo.

Ella le buscó la cara con la mirada, sus pechos se agitaban con suspiros, como si una brisa de impaciencia los sacudiera.

—No puedo volver —dijo con lentitud—. No puedo abandonar este sol. Si tú no puedes venirte aquí...

Ella terminó la frase con una entonación abierta. Él la volvió a mirar, furtivamente, pero con admiración y confusión.

—¡No! —dijo él—. ¡Esto te va bien! ¡Estás espléndida! No, no creo que debas volver.

Pensaba en ella en el piso de Nueva York, pálida, silenciosa, presionándole. Él era el espíritu de la timidez discreta en las relaciones humanas y la hostilidad terrible y silenciosa de ella desde que naciera el niño le atemorizaba profundamente. Porque se había dado cuenta de que ella no podía evitarlo. Las mujeres eran así. Sus sentimientos habían tomado diferentes direcciones, incluso contra sus propias voluntades, y era horrible, horrible vivir en la casa con una mujer así, cuyos sentimientos eran contrarios incluso a ella misma. Él se había sentido demolido bajo la cruz de su inevitable enemistad. Ella se había demolido incluso a sí misma y también al niño. No, cualquier cosa menos eso.

—Pero ¿y tú? —preguntó ella.

—¿Yo? Ah, bueno. Yo puedo continuar con los negocios y venir aquí a pasar las vacaciones, puedes

quedarte el tiempo que quieras —Miró entonces hacia el suelo y después levantó la cabeza para mirarla a ella con un tono de súplica en sus preocupados ojos.

—¿Incluso para siempre?

—Bueno, sí, si eso es lo que deseas. Aunque para siempre es mucho tiempo. Ahora no vamos a poner una fecha.

—¿Y puedo hacer lo que quiera? —y le miró fijamente a los ojos como desafiándole. Y él no tenía ningún poder frente a su desnudez rosácea y curtida por el viento.

—Bueno, sí. Supongo. Mientras que no seáis infelices ni tú ni el niño.

De nuevo la miró con un gesto de ruego preocupado, pensando en el niño pero rogando por él.

—No lo seremos —dijo ella con diligencia.

—No —dijo él—. No, no creo que seáis infelices.

Hubo entonces una pausa. Las campanas del pueblo daban con precipitación las campanadas de mediodía. Y eso significaba la hora de comer.

Ella se deslizó por su quimono gris de crepé y se ató a la cintura un ancho cinturón verde.

Después le introdujo al niño una camiseta azul por la cabeza y se fueron hacia la casa.

Sentados a la mesa observaba a su marido, su rostro gris y urbano, su canoso pelo, sus modales tan correctos y su completa moderación al beber y comer. De vez en cuando él la miraba a ella, furtivamente, bajo sus negras pestañas. Tenía los ojos de un dorado grisáceo, como de animal que ha sido capturado demasiado joven y ha sido criado en completa cautividad.

Salieron a tomar el café a la terraza. Abajo, más allá, por la cuesta del acantilado, se veía a un campesino y su esposa, sentados bajo un almendro, cerca del trigo verde, tomando el almuerzo extendido sobre un mantel en el suelo. Había una gran hogaza de pan y vasos con el vino tinto.

Julieta colocó a su esposo de espaldas a este paisaje; ella se sentó de frente. Entre otras cosas porque en el momento en que ella y Mauricio habían salido a la terraza, el campesino la había mirado a ella con fijeza.

V

Ella le conocía perfectamente. Él era bastante corpulento, un individuo fuerte de unos treinta y cinco años y daba continuos bocados al pan. Su esposa era delgada, de tez oscura, elegante, triste. No tenían hijos. Esto era todo lo que Julieta sabía.

El campesino trabajaba solo en la finca de enfrente. Siempre llevaba la ropa muy limpia y cuidada, pantalones blancos y camisetas de colores, y un sombrero de paja. Tanto su esposa como él tenían ese aire de tranquila superioridad que pertenece a los individuos, no a su clase.

Su atractivo radicaba en su vitalidad, una veloz energía que le daba un gran encanto a sus movimientos, aunque era robusto y fuerte. Durante los primeros días antes de que ella tomase el sol, Julieta se lo había encontrado entre las rocas cuando había trepado hasta allí. Él había sabido de ella antes de que ella le viese, por eso, cuando le miró, él se quitó el sombrero mirándola con timidez y orgullo con sus grandes ojos azules. Su rostro era ancho, quemado por el sol, tenía un bigote recortado y castaño, cejas anchas, casi tan espesas como el propio bigote, juntas bajo la frente ancha.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Puedo pasar por aquí?

—Por supuesto —respondió él con esa prisa cálida que caracterizaba su movimiento—. A mi patrón no le importa que usted pase por sus tierras cuando quiera.

Y echó la cabeza hacia atrás con la rápida, vívida y tímida generosidad de su naturaleza. Se fue inmediatamente. Pero instantáneamente ella había reconocido la violenta generosidad de su sangre y su violenta timidez.

Desde entonces ella le veía en la lejanía cada día, y se dio cuenta de que era una persona autosuficiente, como un animal rápido, y se dio cuenta de que su esposa lo amaba intensamente con unos celos que casi eran odio; porque, probablemente, él deseaba pararse un rato...

Un día, cuando un grupo de campesinos estaban sentados bajo un árbol, le vio bailar ágil y alegre con un niño: su esposa le miraba taciturna.

Gradualmente Julieta y él habían llegado a intimar en la distancia. Ambos eran conscientes el uno del otro. Ella sabía, por la mañana, el momento en que llegaba con su burro. Y en el momento en el que ella aparecía en la terraza él se volvía a mirarla. Pero nunca se saludaban.

Ella incluso le echaba de menos cuando no iba a trabajar a la finca.

Un día por la mañana que había estado paseando desnuda, por entre el acantilado, se había tropezado con él cuando este se estaba agachando, y con sus poderosos hombros iba cargando la leña que recogía y llevaba hasta el burro. Él la vio cuando levantó el acalorado rostro, y ella iba de retirada. Una llama atravesó sus ojos y una llama se le encendió a ella en el cuerpo, fundiéndole los huesos. Pero la mujer retrocedió silenciosa por entre los arbustos y se fue por donde había venido. Y ella se preguntaba con un cierto resentimiento por ese extraño silencio en el que él trabajaba, escondido por entre los matorrales. Tenía esa facultad de los animales salvajes.

Desde entonces existía un dolor firme de consciencia en el cuerpo de ambos, aunque ninguno de los dos lo admitiría, y ninguno de los dos mostrase ningún signo de reconocimiento. Sin embargo la esposa de él era instintivamente consciente.

Y Julieta había pensado: ¿Por qué no puedo ver a ese hombre y criar a su hijo? ¿Por qué tendría que identificar mi vida con la vida de él? ¿Por qué no estar con él durante una hora o tanto como dure el deseo? Ya hay entre nosotros una chispa.

Pero no mostró nunca ni un solo indicio. Y ahora le veía mirar hacia arriba desde donde estaba sentado con su ropa blanca, frente a su esposa vestida de negro, mirando a Mauricio.

La esposa se volvió y miró también, taciturna.

Julieta sintió el rencor apoderarse de ella. Tendría que soportar de nuevo al hijo de Mauricio.

Lo había visto en los ojos de su marido. Y lo supo desde su respuesta, cuando había hablado con él.

—¿Vendrás a tomar el sol también desnudo? —le preguntó.

—Bueno, sí. Sí que me gustaría mientras estoy aquí. Supongo que no nos ven.

Había un cierto brillo en sus ojos, un desesperado tipo de coraje nacido del deseo y miró la prominencia elevada de sus pechos bajo la bata. Porque él era un hombre que también se enfrentaba al mundo y su deseo masculino no había sido satisfecho. Se atrevería a ir a tomar el sol, incluso aunque hiciese el ridículo.

Pero él olía el mundo, y todas sus cadenas y sus cobardes perrunas. Él estaba marcado con la marca que no era la marca de contraste.

Madura ahora y toda bronceada por el sol, y con un corazón como una rosa caída, ella había deseado ir hacia el ardiente y tímido campesino y parir a su hijo. Sus sentimientos se le habían ido cayendo como pétalos. Había visto la sangre roja en su quemado rostro, el ardor en sus ojos azules y sureños, y su respuesta había sido un borbotón de fuego. Él habría sido un fecundo baño de sol para ella, y lo deseaba.

Sin embargo su próximo hijo sería de Mauricio. La fatal cadena de la continuidad haría que así fuese.

El ganador

Érase una vez, una mujer hermosa que había empezado la vida con todo a su favor y que, sin embargo, no tenía suerte. Se casó por amor y el amor se convirtió en cenizas.

Tuvo unos hijos preciosos; no obstante, sentía que le habían sido impuestos y era incapaz de amarlos. Ellos la miraban fríamente, como si la encontraran en falta. De inmediato, ella sentía que debía ocultar algún defecto. Pero jamás conseguía averiguar qué defecto era ese. Así y todo, cuando sus hijos estaban presentes, ella sentía que el núcleo de su corazón se endurecía. Esto le preocupaba, y, a su manera, era excesivamente ansiosa y dulce con los niños, como si los quisiera muchísimo. Solo ella sabía que en el núcleo de su corazón había una pequeña zona endurecida que era incapaz de sentir amor; no, por nadie. Todos los demás decían de ella: « ¡Es una madre tan buena! Adora a sus hijos». Pero solo ella, y sus hijos, sabían que no era así.

Podían leerlo, unas y otro, en sus respectivas miradas.

Los hijos eran un varón y dos niñas. Vivían en una casa agradable, con jardín, y tenían unos sirvientes discretos,

y se consideraban mejores que cualquiera de sus vecinos. Aunque vivían con lujo, en la casa siempre se percibía cierta ansiedad. Nunca había dinero bastante. La madre tenía unas pequeñas rentas, y también el padre, pero no eran las suficientes para la posición social que pretendían mantener. El padre acudía a la ciudad a trabajar en algún despacho. Pero aunque tenía buenas perspectivas, estas nunca se materializaron. Siempre existía la agobiante sensación de la falta de dinero, aunque la posición social que aparentaban seguía siendo la misma.

Un día la madre dijo:

—Veré si yo puedo hacer algo. —Pero no sabía por dónde empezar. Se devanó los sesos, e intentó una cosa, y otra, pero no obtuvo resultado alguno. El fracaso trazó en su rostro profundas arrugas. Sus hijos estaban creciendo, y tendrían que ir al colegio.

Haría falta más dinero, haría falta más dinero. El padre, que era un hombre muy apuesto y tenía gustos caros, parecía que jamás fuese a hacer nada que valiese la pena. Y la madre, que creía enormemente en sí misma, no lograba hacer mucho más, a pesar de que sus gustos también eran caros.

De modo que la casa llegó a estar invadida por aquella frase inexpresada: «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!». Los niños podían oírla a cada instante, aunque nadie la decía en voz alta. La oían en Navidad, cuando los juguetes caros y espléndidos llenaban el cuarto de juegos. Detrás del brillante y moderno caballo de balancín, detrás de la elegante casa de muñecas, una voz empezaba a murmurar:

«¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!». Y los niños dejaban de jugar y escuchaban un momento. Se miraban entre ellos, para ver si los otros también lo habían oído. «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!».

La frase brotaba murmurante de los resortes del caballo de balancín e incluso el caballo, inclinando la piafante cabeza de madera, podía oírla. La enorme muñeca, sentada tan sonriente y sonrosada en su nuevo cochecito, la oía con toda claridad y parecía que esto la hacía sonreír con picardía aún mayor. El gracioso cachorrito, que había reemplazado al oso de felpa, parecía todavía más extraordinariamente gracioso solo porque oía también, por toda la casa, el murmullo secreto: «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!».

No obstante, nadie lo decía en voz alta. El murmullo estaba en todas partes, y por ello nadie lo expresaba, del mismo modo que nadie dice nunca «¡Estamos respirando!», a pesar del hecho de que la respiración viene y va a cada momento.

—Madre —dijo un día Paul, el niño—, ¿por qué no tenemos coche propio? ¿Por qué utilizamos siempre el del tío o un taxi?

—Porque somos los parientes pobres de la familia —dijo la madre.

—Pero, ¿por qué, mamá?

—Bueno, supongo —dijo ella lenta, amargamente— que es porque tu padre no tiene suerte.

El niño guardó un instante de silencio.

—¿La suerte es lo mismo que el dinero, madre? —preguntó con cierta timidez.

—No, Paul. No exactamente. Es lo que hace que tengas dinero.

—¡Ah…! —dijo vagamente Paul—. Yo creía que cuando el tío Oscar decía «maldita fortuna», se refería al dinero.

—En esa frase se refería a la suerte —dijo la madre—. Pero tener fortuna significa también poseer dinero.

—¡Ah…! —dijo el chico—. Entonces ¿qué es la suerte, madre?

—Es lo que hace que tengas dinero. Si tienes suerte, tienes dinero. Por eso es mejor nacer con suerte que nacer rico. Si eres rico, puedes perder tu dinero. Pero si tienes suerte, siempre obtendrás más dinero.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y padre no tiene suerte?

—Yo diría que tiene muy poca —dijo ella con amargura.

El niño la miraba dubitativamente.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. Nadie sabe por qué unas personas tienen suerte y otras no.

—¿No? ¿Nadie, de verdad? ¿Nadie puede saberlo?

—Tal vez Dios. Pero Él nunca lo dice.

—Pues debería hacerlo. ¿Y tú tampoco tienes suerte, madre?

—No puedo tenerla, si me he casado con un hombre que no la tiene.

—Pero tú, por ti misma, ¿no la tienes?

—Solía pensar que sí, antes de casarme. Ahora pienso que no tengo nada.

—¿Por qué?

—Pues… En fin, da igual. Tal vez sí tenga algo —dijo ella.

El niño la miró para comprobar si lo decía en serio. Pero vio, por la expresión de sus labios, que solo estaba intentando ocultarle algo.

—Bueno, de todas maneras —dijo valientemente—, yo sí tengo suerte.

—¿Por qué? —dijo su madre rompiendo a reír.
Él la miró fijamente. Ni siquiera sabía por qué había dicho eso.

—Dios me lo dijo —afirmó con valentía.

—¡Espero que así sea, querido! —dijo ella riendo de nuevo, pero con amargura.

—¡Es verdad, madre!

—¡Excelente! —dijo la madre, utilizando una de las exclamaciones de su marido.

El niño se dio cuenta de que no le había creído o más bien, de que no hacía caso de su afirmación. Esto, de algún modo, le irritó, despertándole el deseo de llamar su atención.

Se alejó por su cuenta, pensativo, buscando, a su manera infantil, la clave de la «suerte». Absorto, sin hacer caso a los demás, vagaba por la casa con una especie de cautela, buscando la suerte en su interior. Deseaba la suerte, la deseaba, la deseaba.

Cuando sus dos hermanas jugaban a las muñecas en el cuarto de los niños, él se sentaba a horcajadas sobre su

gran caballo de balancín, cabalgando como un poseso en el espacio, con un frenesí que obligaba a las pequeñas a observarlo con inquietud.

El caballo se mecía salvajemente, el oscuro cabello ondulado del niño se agitaba en el aire y sus ojos adquirían un brillo extraño. Sus hermanas no se atrevían a hablarle.

Cuando llegaba al final de su enloquecido viaje, se bajaba del caballo y se paraba ante él, mirándole fijamente su cabeza baja. La boca roja estaba ligeramente entreabierta, los grandes ojos desorbitados, brillantes como cristales.

—¡Ahora! —le ordenaba silenciosamente el niño a la piafante montura—.¡Llévame a donde está la suerte! ¡Llévame ya!

Y fustigaba al caballo en el cuello con la pequeña fusta que le había pedido a su tío Oscar. Él sabía que el caballo podía llevarle a donde estaba la suerte, por poco que lo obligase.

De modo que lo montaba de nuevo y recomenzaba su furioso galope, con la esperanza de llegar allí por fin. Él sabía que podía llegar.

—¡Romperás el caballo, Paul! —dijo la niñera.

—¡Siempre está cabalgando así! ¡Me gustaría que parase! —dijo su hermana mayor Joan.

Pero él se limitaba a mirarlas en silencio. La niñera renunció a decirle nada más.

No podía hacerle cambiar. Además, era ya demasiado mayor para ella.

Un día, su madre y su tío Oscar entraron mientras él estaba en mitad de una de sus furiosas cabalgadas. Él no les habló.

—¡Hola, pequeño jockey! ¿Montando a un ganador? —dijo su tío.

—¿No eres demasiado grandecito para un caballo de balancín? Ya no eres un bebé, ¿sabes? —dijo su madre.

Pero Paul se limitó a mirarlos con sus grandes ojos azules, ligeramente juntos. No hablaba con nadie cuando estaba así de excitado. Su madre lo miraba con expresión de ansiedad.

Al fin, el niño se detuvo súbitamente, forzando a su caballo a un galope mecánico y descendió.

—Bueno, ¡ya he llegado! —anunció con vehemencia, con sus ojos azules aún llameantes y separando sus fuertes y largas piernas.

—¿Adónde? —preguntó su madre.

—A donde quería ir —le contestó él con rotundidad.

—¡Así me gusta, hijo! —dijo su tío Oscar—. No te detengas hasta llegar allí. ¿Cómo se llama el caballo?

—No tiene nombre —dijo el chico.

—¿Y se las arregla sin él? —dijo el tío.

—Bueno, tiene nombres diferentes. La semana pasada se llamaba Sansovino.

—Sansovino, ¿eh? Ganó en Ascot. ¿Cómo lo sabías?

—Siempre habla de las carreras de caballos con Bassett —dijo Joan.

El tío estaba encantado de que su pequeño sobrino se interesara en las carreras. Bassett, el joven jardinero, que había sido herido en el pie izquierdo durante la guerra y había conseguido su actual empleo a través

de Oscar Cresswell, tras haber sido su bateador, era un gran experto en el tema. Vivía para la hípica y el pequeño lo secundaba.

Oscar Cresswell se enteró de todo por Bassett.

—El señorito Paul viene a preguntarme y yo no puedo por menos que responderle, señor —dijo Bassett, con una expresión terriblemente seria, como si estuviera hablando de asuntos religiosos.

—¿Y alguna vez apuesta algo a un caballo que le apetezca?

—Bueno, yo no quiero delatarle… Es un buen chico… Un chico excelente, señor. ¿Le importaría preguntárselo usted mismo? Es una cosa que parece gustarle y tal vez piense que yo le estoy traicionando. Si no le importa, señor…

Bassett era tan serio como una iglesia.

El tío fue en busca de su sobrino y lo llevó a dar una vuelta en coche.

—Paul… Dime, chico, ¿alguna vez apuestas algo a los caballos?

El niño observó a su tío con atención.

—¿Por qué, crees que no debo hacerlo? —dijo desafiante.

—¡No he dicho eso! Pero pensé que tal vez podrías darme alguna pista para el Lincoln.

El coche se desplazaba velozmente por el campo en dirección a la casa del tío Oscar en Hampshire.

—¿Me juras no decir nada? —dijo el sobrino.

—Te juro no decir nada, hijo —dijo el tío.

—Pues bien: Daffodil.

—¡Daffodil! Lo dudo, hijito. ¿Qué me dices de Mirza?

—Yo solo sé el nombre del ganador —dijo el niño. —Y es Daffodil.

—Daffodil, ¿eh?

Hubo una pausa. Daffodil, comparativamente, era un caballo secundario.

—¡Tío!

—¿Sí, hijo?

—No dejarás que salga de aquí, ¿verdad? Se lo prometí a Bassett.

—¡Al diablo con Bassett, jovencito! ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Somos socios. Somos socios desde el principio. Tío, él me prestó mis primeros cinco chelines y los perdí. Le di mi palabra de honor de que sería algo entre él y yo, solo que tú me diste ese billete de diez chelines y con él empecé a ganar, así que pensé que me traías suerte. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

El niño miró a su tío con aquellos ojos grandes, cálidos y azules, demasiado juntos. El tío se removió en el asiento y rió nerviosamente.

—¡En absoluto, hijo! Tu información está a salvo conmigo. Daffodil, ¿eh?¿Cuánto vas a apostar por él?

—Todo lo que tengo menos veinte libras —dijo el niño—. Eso lo guardo comoreserva.

El tío lo encontró muy cómico.

—Te guardas veinte libras como reserva, ¿eh, graciosillo? ¿Cuánto apuestas, entonces?

—Apuesto trescientas —dijo el niño con gravedad—. ¡Pero eso es entre tú y yo, tío Oscar! ¿Me lo prometes?

El tío lanzó una inmensa carcajada.

—¡Claro que es entre tú y yo, pequeño Nat Gould! —dijo, riendo—. Pero ¿Dónde están tus trescientas libras?

—Me las guarda Bassett. Somos socios.

—Ah, sí, ¿eh? ¿Y cuánto apuesta Bassett por Daffodil?

—Supongo que no tanto como yo. Tal vez ciento cincuenta.

—¿Qué, peniques? —rió el tío.

—Libras —dijo el niño, mirando sorprendido a su tío—. Bassett siempre se reserva más dinero que yo.

Entre la sorpresa y la diversión, el tío Oscar guardó silencio. No volvió a hablar del asunto, pero decidió llevar consigo a su sobrino a las carreras de Lincoln.

—Bien, hijito —dijo—, yo voy a apostar veinte libras a Mirza y apostaré cinco libras por ti al caballo que tú quieras.

—Daffodil, tío.

—¡No, las cinco a Daffodil no!

—Si fueran mías yo lo haría —dijo el niño.

—¡Bien, bien! Tienes razón. Cinco por ti y cinco por mí a Daffodil.

El niño nunca había estado en las carreras y sus ojos eran como fuego azul.

Apretó fuertemente los labios y observó todo con gran atención. Un francés que tenía delante había apostado su dinero a Lancelot. Loco de excitación, agitaba los brazos gritando «¡Lancelot! ¡Lancelot!» con su acento francés.

Daffodil llegó el primero, Lancelot el segundo y Mirza el tercero. El niño, sonrojado y con los ojos llameantes, estaba curiosamente sereno. Su tío le trajo cuatro billetes de cinco libras, cuatro a uno.

—¿Qué debo hacer con esto? —exclamó, agitando los billetes ante los ojos del niño.

—Supongo que hablaremos con Bassett —dijo el chico—. Creo que ahora tengo mil quinientas, y veinte de reserva; y estas otras veinte.

Su tío lo miró atentamente durante unos instantes.

—Escucha, hijito —dijo—, no hablarás en serio sobre Bassett y esas mil quinientas, ¿verdad?

—Claro que sí. Pero es un secreto entre tú y yo, tío. ¿Me lo prometes?

—¡Claro que te lo prometo, hijo! Pero debo hablar con Bassett.

—Si quieres hacerte socio nuestro, tío, de Bassett y mío, podríamos hacerlo. Solo que tendrías que darnos tu palabra de honor de que no se lo dirás a nadie. Bassett y yo tenemos suerte, y tú también debes tenerla, porque gracias a tus diez chelines yo ganéla primera vez…

El tío Oscar se llevó a Bassett y a su sobrino a pasar la tarde a Richmond Park, y allí hablaron:

—Verá, señor, la cosa va así —dijo Bassett—. El señorito Paul me pide que le hable de las carreras, de sus historias, ¿comprende, señor? Siempre se interesaba en

saber si había ganado o perdido. Ahora va a hacer un año que aposté cinco chelines a Bush of Dawn en su nombre. Y los perdimos. Luego la suerte se puso de nuestro lado con esos diez chelines que usted le dio. Estos los apostamos a Singhalese. Y desde entonces, en general, la suerte se ha mantenido. ¿Usted qué dice, señorito Paul?

—Nos va bien cuando estamos seguros —dijo Paul—. Perdemos cuando no estamos del todo seguros.

—Ah, pero en esos casos vamos con cuidado —dijo Bassett.

Pero ¿cuándo estáis seguros? —sonrió el tío Oscar.

—Es el señorito Paul, señor —dijo Bassett con una voz serena, religiosa—. Es como si se lo dijeran desde el Cielo. Como ahora con Daffodil, en el Lincoln. Eso era tan seguro como la salida del sol.

—¿Apostó usted dinero a Daffodil? —preguntó Oscar Cresswell.

—Sí, señor. Algo gané.

—¿Y mi sobrino?

Bassett guardo un silencio obstinado, mirando a Paul.

—Yo gané mil doscientas libras, ¿verdad, Bassett? Le dije al tío que apostaría trescientas a Daffodil.

—Así es —dijo Bassett, asintiendo con la cabeza.

—Pero, ¿dónde está el dinero? —preguntó el tío.

—Lo guardo yo bajo llave, señor. El señorito Paul puede pedírmelo cuando quiera.

—¿Cómo, mil quinientas libras?

—¡Más veinte! Más cuarenta, contando lo que ganó en el hipódromo.

—¡Es increíble! —dijo el tío.

—Si el señorito Paul se ofrece a hacerle socio, señor, yo, en su caso, aceptaría. Si permite que se lo diga —dijo Bassett.

Oscar Cresswell caviló unos instantes.

—Veamos ese dinero —dijo.

Regresaron a casa y, sin vacilar, Bassett acudió a la caseta del jardín con mil quinientas libras en billetes. La

reserva de veinte libras había quedado con Joe Glee en el depósito de la Comisión Hípica.

—¿Lo ves, tío? ¡No hay peligro cuando estoy seguro! Entonces jugamos fuerte, todo lo que tenemos. ¿Verdad, Bassett?

—Así es, señorito Paul.

—¿Y cuándo estás seguro? —dijo el tío, riendo.

—Bueno, a veces estoy completamente seguro, como con Daffodil —dijo el chico—, y otras tengo una idea; y a veces ni siquiera tengo una idea, ¿verdad, Bassett?

Entonces tenemos cuidado, porque en general perdemos.

—Ah, sí, ¿eh? Y cuando estás seguro, como con Daffodil, ¿qué es lo que te hace estarlo tanto, hijo?

—Pues… bueno, no lo sé —dijo el niño, nervioso—. Estoy seguro, tío, eso es todo.

—Es como si se lo dijeran desde el Cielo, señor —reiteró Bassett.

—¡Ya lo creo! —dijo el tío.

Pero se hizo socio. Y cuando se acercaba el Leger, Paul estuvo «seguro» de que ganaría Lively Spark, que era un caballo bastante mediocre. El chico insistió en apostar mil libras al caballo, Bassett se decidió por quinientas y Oscar Cresswell por doscientas. Lively Spark llegó el primero, y las apuestas habían sido de diez a uno contra él. Paul había ganado diez mil libras.

—Es que estaba completamente seguro de que ganaría —dijo. Incluso Oscar Cresswell había ganado dos mil libras.

—Óyeme bien, hijito —le dijo a su sobrino—, estas cosas me ponen nervioso.

—¡No tienen por qué, tío! A lo mejor pasa mucho tiempo antes de que vuelva a estar tan seguro.

—Pero, ¿qué vas a hacer con tu dinero? —preguntó el tío.

—Esto empecé a hacerlo por mi madre —dijo el niño—. Ella dijo que no tenía suerte, porque mi padre no la tenía, así que pensé que si yo tenía suerte, dejaría de murmurar.

—¿Qué dejaría de murmurar?

—Nuestra casa. Detesto nuestra casa por su murmullo.

—¿Y qué murmura?

—Pues… pues… —El niño se removió inquieto—. Pues no lo sé. Pero en casa siempre falta dinero, ¿sabes, tío?

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Sabes que a mamá le envían pagarés, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo el tío.

—Y entonces la casa murmura, como si la gente se riese a nuestras espaldas. ¡Eso es horrible! Pensé que si yo tenía suerte…

—… podrías hacer algo para impedirlo —añadió el tío.

El niño lo miró con sus grandes ojos azules, que brillaban con un fuego extraño, pero no dijo una palabra.

—Pues bien —dijo el tío—, ¿qué vamos a hacer?

—No quisiera que mamá supiese que tengo suerte —dijo el niño.

—¿Por qué, hijo?

—Me impediría jugar.

—Yo no lo creo.

—¡Oh…! —dijo el chico, y se removió nerviosamente—. No quiero que lo sepa,tío.

—De acuerdo, hijo. Nos las arreglaremos sin que ella se entere.

Se las arreglaron con toda facilidad. Paul, a sugerencia de los otros, le entregó cinco mil libras a su tío, quien las depositó en manos del abogado de la familia. Este informaría entonces a la madre de Paul de que un pariente le había dado cinco mil libras, las cuales serían entregadas, a razón de mil al año, a la madre de Paul, en su cumpleaños, durante los cinco años siguientes.

—Así tendrá un regalo de cumpleaños de mil libras durante los próximos cinco años —dijo el tío Oscar—. Espero que eso no se lo ponga más difícil después.

El cumpleaños de la madre de Paul era en noviembre. La casa había estado murmurando mucho más que nunca últimamente y, a pesar de su suerte, Paul no podía soportarlo. Estaba ansioso por ver el efecto que a su madre le causaba la carta de cumpleaños, en la que se le hablaba de las mil libras.

Ahora, cuando no había visitas, Paul comía y cenaba con sus padres, ya que era demasiado mayor para comer en el cuarto de los niños. Su madre iba a la ciudad casi todos los días. Había descubierto que tenía una cierta habilidad para diseñar modelos de vestidos y abrigos de piel, de modo que trabajaba secretamente en el estudio de una amiga que era la «artista» principal de los modistos más importantes. Dibujaba siluetas de mujeres vestidas de pieles, o de sedas y lentejuelas, para los anuncios de la prensa. La joven artista amiga suya ganaba varios miles de libras al año, pero la madre de Paul solo ganaba unos cientos y seguía insatisfecha. ¡Tenía tantos deseos de ser la primera en algo…! Pero no lo conseguía, ni siquiera dibujando modelos para los anuncios de prensa.

La mañana de su cumpleaños bajó a desayunar. Paul la observaba mientras leía sus cartas. Sabía lo que diría la carta del abogado. Mientras su madre la leía, su cara se endureció y se volvió aún más inexpresiva. Luego, su boca adoptó una expresión fría y decidida. Escondió la

carta bajo otras muchas y no dijo una palabra acerca de ella.

—¿No has recibido algo bonito para tu cumpleaños, mamá?

—Sí, más o menos —dijo ella, con su voz fría y ausente.

Se fue a la ciudad sin decir nada más.

Pero por la tarde apareció el tío Oscar. Dijo que la madre de Paul había tenido una larga entrevista con el abogado, pidiéndole, si era posible, que le entregara las cinco mil libras de una sola vez, puesto que tenía muchas deudas.

—¿Tú qué opinas, tío? —dijo el chico.

—Lo dejo en tus manos, hijo.

—¡Pues entonces que se las quede! Podemos ganar más con lo que queda —dijo el niño.

—¡Más vale pájaro en mano que ciento volando, muchacho! —dijo el tío Oscar.

—Pero estoy seguro de que sabré quién ganará el Grand National, o el Lincolnshire, o si no el Derby. Estoy seguro de que sabré quién ganará al menos uno de ellos —dijo Paul.

De modo que tío Oscar firmó el acuerdo y la madre de Paul cobró las cinco mil libras. Entonces ocurrió algo muy curioso. De pronto, las voces de la casa enloquecieron, como un coro de ranas en un anochecer de primavera. Hubo ciertos cambios en la decoración, y a Paul se le asignó un tutor. Iría de verdad a Eton, el colegio de su padre, el otoño siguiente. Hubo flores en mitad del invierno y el lujo al que la madre de Paul había estado acostumbrada volvió a revivir. Y, sin embargo, las voces de la casa, tras los ramos de mimosa y los capullos de almendro, y debajo delos innumerables cojines iridiscentes, sencillamente trinaban y exultaban en unasuerte de éxtasis: «¡Haría falta más dinero! ¡Oooh, haría falta más dinero! ¡Ahora, ahora! ¡Haría falta más dinero! ¡Más que nunca! ¡Más que nunca!».

Esto asustaba terriblemente a Paul. Seguía estudiando latín y griego con su tutor, pero sus horas más intensas las pasaba con Bassett. El Grand National había llegado y pasado; él no había «sabido» quién sería el ganador y había perdido cien libras.

Llegaba el verano. Estaba en ascuas con el Lincoln. Pero tampoco «supo» quién lo ganaría y perdió cincuenta libras. Su comportamiento se volvió extraño, su mirada enloquecida, como si algo dentro de él estuviera a punto de estallar.

—¡Déjalo estar, hijo! ¡No te preocupes más! —le aconsejaba el tío Oscar. Pero era como si el chico no pudiese oírle.

—¡Tengo que saber para el Derby! ¡Tengo que saber para el Derby! —repetía el niño, con sus ojos azules brillando en una suerte de locura.

Su madre se dio cuenta de lo nervioso que estaba.

—Sería mejor que te fueras a la costa. ¿No te gustaría irte a la costa ahora, en vez de esperar? —le dijo, mirándolo con ansiedad, con el corazón curiosamente triste a causa de él.

Pero el niño levantó sus misteriosos ojos azules.

—¡De ningún modo podría antes del Derby, madre! —dijo—. ¡Imposible!

—¿Por qué no? —dijo ella, su voz se había vuelto ominosa al verse contradicha—. ¿Por qué no? Puedes

ir al Derby con tu tío Oscar desde la costa, si es lo que quieres. No es necesario que esperes aquí. Además, me parece que le das demasiada importancia a estas carreras. Es una mala señal. La mía ha sido una familia de jugadores, y no te darás cuenta hasta que seas mayor del daño que eso hizo. Pero lo hizo. Tendré que despedir a Bassett y pedirle al tío Oscar que no vuelva a hablarte de las carreras, a menos que prometas que serás razonable en ese aspecto. Vete a la costa y olvídate de ello. ¡Estás hecho un manojo de nervios!

—Haré lo que quieras, madre, siempre que no me eches antes del Derby —dijo el chico.

—¿Echarte de dónde? ¿De esta casa?

—Sí —dijo él mirándola fijamente.

—¡Vaya, qué niño más curioso! ¿Por qué de pronto te importa tanto esta casa? No sabía que te gustase.

Él la miró sin hablar. Poseía un secreto dentro de un secreto, algo que no había contado a nadie, ni siquiera a Bassett o a su tío Oscar.

Pero su madre, tras quedarse un momento indecisa, dijo de mala gana:

—¡De acuerdo, entonces! No vayas a la costa antes del Derby si no quieres. Pero prométeme no destrozarte los nervios. Prométeme que no pensarás tanto en las carreras ni en los «acontecimientos hípicos», como tú los llamas.

—Oh, no —dijo el chico sin darle importancia—. No pensaré mucho en eso, madre. No tienes por qué preocuparte. Yo en tu lugar no me inquietaría.

—Si tú estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo —dijo su madre—, me pregunto qué haríamos.

—Pero sabes que no has de preocuparte, ¿verdad, madre? —repitió el niño.

—Me encantaría poder estar segura de ello —dijo ella con voz cansada.

—Pues puedes estarlo, ¿sabes? Quiero decir que deberías saber que no tienes por qué inquietarte —insistió él.

—¿Debería? Pues lo intentaré —dijo ella.

El secreto de Paul era su caballo de madera, el que no tenía nombre. Desde que se emancipó de la niñera y la gobernanta, había hecho trasladar el caballo de balancín a su dormitorio en la planta alta de la casa.

—¡Pero si eres demasiado mayor para un caballo de balancín! —le reconvino su madre.

—Verás, madre, hasta que pueda tener un caballo de verdad, me gustaría tener algún animal cerca de mí —fue su peculiar respuesta.

—¿Te parece que te hace compañía? —dijo ella riendo.

—¡Sí! Es muy bueno, y siempre me hace compañía cuando estoy allí —dijo Paul.

De modo que el caballo, en cierto mal estado, permaneció inmovilizado a medio galope en el cuarto del niño.

Se acercaba el Derby y el niño se iba poniendo cada vez más tenso. Apenas oía loque se le decía, estaba muy débil y sus ojos asustaban. Su estado despertaba en su madre súbitos y extraños arranques de preocupación. A veces se pasaba media hora sintiendo por él una ansiedad que rozaba la angustia. Deseaba correr a su lado para asegurarse de que estaba bien.

Dos noches antes del Derby, la madre de Paul se encontraba en una gran fiesta en la ciudad cuando uno

de aquellos accesos de ansiedad por su primogénito se apoderó de su corazón hasta dejarla sin aliento. Luchó contra este sentimiento con todas sus fuerzas, porque creía en el sentido común. Pero era demasiado fuerte. Tuvo que abandonar el baile y bajar a llamar a su casa de campo. La gobernanta de los niños se sobresaltó enormemente al recibir la llamada en mitad de la noche.

—¿Están bien los niños, señorita Wilmot?

—Sí, sí, están muy bien.

—¿Y el señorito Paul? ¿Está bien?

—Se acostó sin rechistar. ¿Quiere que suba a verle?

—No —dijo la madre de Paul a su pesar—. ¡No! No se preocupe. Está bien. Vaya a acostarse. Llegaremos pronto a casa. —No quería que la gobernanta irrumpiese en la intimidad de Paul.

—Muy bien —dijo la gobernanta.

Era cerca de la una cuando los padres de Paul llegaron a su casa. Todo estaba en silencio. La madre de Paul se fue a su habitación y se quitó el blanco abrigo de piel.

Le había dicho a su doncella que no la esperase despierta. Oyó, abajo, a su marido, sirviéndose un whisky con soda.

Y entonces, a causa de aquella extraña ansiedad de su corazón, subió sigilosamente a la habitación de su hijo. Se deslizó por el pasillo en silencio. ¿Se oía un ligero ruido? ¿Qué era?

Se detuvo, con los músculos en tensión, al otro lado de la puerta. Se oía un ruido extraño, pesado, y sin embargo quedo. Su corazón se paró. Era un ruido sin sonido, aunque poderoso e intenso. Algo enorme se movía, violenta pero ahogadamente.

¿Qué era? ¿Qué era, por Dios? Ella debería saberlo. Sentía que conocía aquel ruido. Sabía qué era.

Y, no obstante, no conseguía recordarlo. No podía decir qué era. Y el ruido seguía y seguía, como una locura.

Suavemente, paralizada por el miedo y la ansiedad, hizo girar el picaporte.

La habitación estaba a oscuras. Sin embargo, en el espacio junto a la ventana, oyó y vio algo que bajaba y subía. Miró hacia allí, asombrada, temerosa.

Entonces, de pronto, encendió la luz y vio a su hijo, con su pijama verde, cabalgando enloquecido en su caballo de balancín. El torrente de luz lo iluminó súbitamente, mientras azuzaba el caballo de madera, y la iluminó a ella, rubia, con su vestido verde pálido bordado en cristal, de pie junto a la puerta.

—¡Paul! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Es Malabar! —gritó él con una voz extraña, poderosa—. ¡Es Malabar!

La miró con ojos llameantes durante un extraño, insensato segundo, y dejó de azuzar al caballo. Luego se derrumbó contra el suelo, y ella, sintiendo que la inundaba toda su maternidad atormentada, se precipitó hacia él para levantarlo.

Pero el chico estaba inconsciente y siguió en ese estado, con una suerte de fiebre cerebral. Deliraba, agitado, mientras su madre permanecía junto a su cama, impasible.

—¡Malabar! ¡Es Malabar! ¡Bassett, Bassett, lo sé! ¡Es Malabar!

Esto gritaba el niño, intentando levantarse para azuzar al caballo que le había otorgado la inspiración.

—¿Qué significa eso de «Malabar»? —preguntó la madre aterrorizada.

—No lo sé —contestó el padre, sin expresión en la voz.

—¿Qué significa eso de «Malabar»? —preguntó la madre a su hermano Oscar.

—Es uno de los caballos que corren en el Derby —fue la respuesta.

Y, sin poder evitarlo, Oscar Cresswell habló con Bassett y apostó mil libras a Malabar: catorce a uno.

El tercer día de la enfermedad fue crítico: se esperaba un cambio. El niño, con sus largos y ondulados cabellos, no cesaba de agitar su cabeza sobre la almohada. No dormía, ni recobraba la consciencia, y sus ojos eran como dos piedras azules. Su madre seguía a su lado, sintiendo que había perdido el corazón, que este también se había convertido en piedra.

Aquella tarde, Oscar Cresswell no fue a la casa, pero Bassett envió un mensaje preguntando si podría acudir un momento, solo un momento. La madre de Paul se puso furiosa ante esta intrusión; pero, tras pensarlo mejor, accedió. El chico seguía igual. Tal vez Bassett pudiera conseguir que recuperara la consciencia.

El jardinero, un hombre de mediana estatura con un pequeño bigote castaño y agudos ojos oscuros, entró de puntillas en la habitación, se llevó la mano a una gorra imaginaria para saludar a la madre de Paul y se acercó a la cama, mirando fijamente con sus ojillos intensos y brillantes al niño que se agitaba en su agonía.

—¡Señorito Paul! —susurró—. ¡Señorito Paul! ¡Malabar llegó el primero, y con mucho! Yo hice lo que me pidió. Ha ganado usted más de setenta mil libras y ya tiene más de ochenta. ¡Malabar ganó la carrera, señorito Paul!

—¡Malabar! ¡Malabar! ¿Yo he dicho Malabar, madre? ¿Yo he dicho Malabar?

¿Crees que tengo buena suerte, madre? Yo sabía lo de Malabar, ¿verdad? ¡Más de ochenta mil libras! A eso lo llamo yo suerte, ¿eh, madre? ¡Más de ochenta mil libras! ¡Lo sabía! ¿No es verdad que lo sabía? Malabar ganó la carrera. Si cabalgo micaballo hasta que estoy seguro, entonces hazme caso, Bassett: puedes apostar tanto como quieras. ¿Apostaste todo lo que tenías, Bassett?

—Aposté mil libras, señorito Paul.

—Madre, nunca te dije que si puedo montar mi caballo, y «llegar allí», entonces estoy absolutamente seguro. ¡Absolutamente! ¿Nunca te lo dije, madre? ¡Tengo suerte!

—No, no me lo dijiste —respondió la madre.

Pero aquella noche el niño murió.

Y, mientras yacía allí, muerto, su madre oyó la voz de su hermano que le decía:

—Dios mío, Hester, tienes ochenta mil libras más y un hijo de menos. Pero más le ha valido al pobre dejar una vida en la que debía azuzar a un caballo de juguete para encontrar un ganador.

ÍNDICE

“Si tienes suerte, tienes dinero. Por eso es mejor nacer con suerte que nacer rico. Si eres rico, puedes perder tu dinero. Pero si tienes suerte, siempre obtendrás más dinero...

Colección
Lima Lee

